

Mariano Latorre

La misa del Padre Wilfrido



A eufonía heroica del nombre, Wilfrido, decidió, estoy seguro, de su vocación de misionero y lo trajo a América, a tierra de indios. Y el recio perfil germano, el ademán voluntarioso, la copiosa barba ritual y el taconeo firme de sus calamorros, subrayaban su determinación catequizadora. Y su apetito, famoso en Collanco. La gorda mantequilla del sur y el ámbar, blanqueado de grecas de espuma de la cerveza de Valdivia, saben aún de las predilecciones gastronómicas del Padre Wilfrido Wagner.

Continuaban los Capuchinos, en plena Araucanía, la interrumpida cristianización de las tribus mapuches, de los frailes coloniales que capitaneó en el siglo XVII el Padre Luis de Valdivia.

A la orilla de lagos azules y claros de selva, se levantaron las barracas misioneras, y más de una torre-cilla románica puso su nota europea en el bravío paisaje.

Atrajo a los mapuches la bonhomía de los frailes. Y los cobrizos hueñes aprendieron castellano con los niños chilenos y, muchas veces, con los rubios hijos de los colonos alemanes.

Por muchos años, nadie interrumpió esta vida patriarcal. A los curas chilenos, comodones y sedentarios, nunca les interesó el indio, considerado menor por la ley. Ni siquiera eran utilizables en las elecciones. Los pastores protestantes, radicados también en la selva, fueron los únicos que les disputaron su predominio.

Algunos, autorizados por la Curia, gobernaron las parroquias de los pueblos recién fundados, aglomeraciones de casas de madera, cuyas calles, paréntesis de los caminos, pisoteadas por caballos, yuntas y arreos cordilleranos, eran rojos torbellinos de polvo en los veranos y pantanos en la época de las lluvias.

En Collanco, aldea, lago y volcán, poco menos que en Baviera, fué el padre Wilfrido figura señera desde su llegada. Conquistó a los pobladores su castellano varonil, bebido en los clásicos, y su actividad sin desfallecimientos. No era un seminarista, atiborrado de latín. ni la iglesia se convirtió en conciliábulo de beatas rezongonas.

A la reja de madera pintada de verde, estaba atado cuotidianamente un tordillo, de cola entrecana.

El indio Pichihuinca, educado en la escuela de la Misión, hacía de palafranero y sacristán. Pedro Pichihuinca, se llamaba. Lejano recuerdo de un antepasado

español. Y casi una entidad inseparable, constituían el Padre Wilfrido y el indio.

Al atravesar el capuchino, con sus trancos vigorosos, la desmantelada plaza de Collanco, Pichihuinka lo seguía, con sus viejas botas embarradas y su poncho granate, angulado de cubos grises. Y al asomar, en una nube de polvo, el tordillo del Padre Wilfrido, a los pocos segundos aparecía el alazán de Pichihuinka, su poncho y sus botas, y hasta una vieja maleta, engarfiada en el arzón de la silla.

Residía, en la compenetración con el ambiente, toda la personalidad del párroco y misionero de Collanco.

El Pastor Wilson, un hombrecillo flaco y nervioso, era su contendor. El Padre Wilfrido no lo ignoraba, pero sus relaciones con él se mantenían cordiales. E incluso, se permitía bromas inocentes si divisaba al pastor en su zaino y a su bulldog, babeante, pegado a las patas traseras del caballo.

El Padre Wilfrido contaba con las autoridades, los alemanes y los comerciantes de Collanco. La influencia del Pastor se reducía a un zapatero del pueblo y a algunos albañiles y colonos.

De los mapuches estaba seguro el Padre Wilfrido, aunque desconfiara de la vecindad de la hijuela de Wilson a la reducción de Coilaco. Conocía su idioma y su psicología, los había dominado hasta ahora y los seguiría dominando, mediante ingeniosos ardides.

Era relativamente fácil convertirlos en carpinteros y sacristanes (para eso estaban las escuelas) y hasta ordenar, de cuando en cuando, un sacerdote mapuche. Pero cambiar sus costumbres, la poligamia tradicional por el matrimonio católico o el guillatún por la misa era un esfuerzo sobrehumano. No se entibiaba por esto su celo apostólico. Y lo intentó con energía, recordando la paciencia heroica de los padres franciscanos o jesuitas de la Colonia.

Previa consulta con el Padre Sérgulo, el Superior, las mismas barbas, el mismo empuje civilizador, los mismos calamorros, el Padre Wilfrido inició en Coilaco, a cinco leguas de Collanco, su difícil experiencia. No deseaba atraer a los indios a la iglesia del pueblo. La misa recordaría, en sus líneas generales, el guillatún indígena (así lo creó su imaginación) y debía celebrarse al aire libre, bajo la clara luz del sur y al abrigo del muro verdinegro de la selva.

El anciano cacique Meliñanca fué su aliado más leal, pero sin la astuta colaboración de Pichihuinca sus esfuerzos habrían sido inútiles.

A Pichihuinca se le ocurrió hacer del rehue de granito, piedra errática en medio de un descampado, un altar católico. En la vieja maleta bávara, tan conocida de toda la región, llevaba el mapuche las casullas y estolas bordadas y el incensario (el Padre Wilfrido fué autorizado para usarlo), cuyo sonar de cadenillas y, sobre todo, el oloroso humo del incienso, provocaban la admiración de los indios.

La octogenaria machi Pichol, haz de ramas secas mal envueltas en un viejo chamal, se acercaba con una curiosidad infantil, a observar el hornillo donde se fundían las rojas partículas de incienso.

En su alma obscura nacían quizá qué lejanas asociaciones, relacionadas con su profesión de machi. El cacique y sus mocetones se limitaban a mirar, y las hijas y nietas de Meliñanca palmoteaban con sana alegría, cada vez que la mano bronceada de Pichihuinca arrojaba al aire las volutas aromáticas.

El Padre Wilfrido amaba, con cierta paternal ternura, a sus feligreses. Su sueño comenzaba a realizarse. Sentía, sin que su razonamiento lo pudiese evitar, una emoción casi pagana. Las cabezas de los indios, pelotones de greda mal moldeada, el cantar del río, el murmullo de los robles, lo hacían olvidar su iglesia de Collanco y hasta la de su lejana Baviera, dorada de rubias cabezas germanas. Y el repentino chillar de un bando de choroyes, que se precipitaban como un ángulo verde en la masa de la selva, suplía al órgano y a los cirios tradicionales.

La reverente actitud de los mupuches lo sumía en un delicioso éxtasis, pero no lograba penetrar el enigma de sus pensamientos en ese instante. Dudaba aún de la realidad de su experiencia, pero su imaginación, casi la de un poeta, se dejaba arrastrar en la extraña ceremonia, donde, poco a poco, se iba disolviendo el viejo rito de la raza araucana. Y al volver las hojas

del misal, las frases latinas se moldeaban en sus labios con profunda convicción.

Al finalizar la misa, los mapuches lo rodeaban alegres. Respetuosamente lo veían desprenderse de sus ornamentos sagrados, y las mujeres, encabezadas por la machi, miraban a Pichihuinka guardarlos en el fondo desteñado de la maleta; luego, se encaminaban a la casa de la reducción.

Sentado en un pisito de cuero, esperaba el desayuno. La costumbre lo dispuso así. Sin repugnancia devoraba el ñachi picante y rojo y las papas de blanca pulpa, que hacían las veces de pan. Y luego, el mate amargo, hábito del Neuquén, traído por los arrieros mapuches.

Cada tres minutos llegaba el mate a sus manos. Había pasado ya por las bocas de las iudias, una y otra vez, pero el Padre Wilfrido no sentía repugnancia alguna. Al contrario, no podía disimular una extraña turbación al acercarse Juana Meliñanca, la encargada de cebarlo, prendida a los labios la blanca sonrisa y el ágil cuerpo extraordinariamente vivo bajo la holgura del chamal.

Con brusco gesto se despedía, tendiendo la mano al cacique. Extraño contraste el de las manos unidas un instante. Perdida casi la del europeo en la macicez tostada de la de Meliñanca.

—El próximo domingo, recomendaba el fraile, vendrán a la misa el Gobernador, el Alcalde, el Juez de

indios y otras personas. Espero que la misa será como siempre.

—No te apures, Padre, todos los mapuches irán al rehue.

Acababa de llegar Pichihuinka con los caballos. Monta el Padre Wilfrido con agilidad de buen jinete. Para verlo partir, toda la reducción ha salido al camino. Unos minutos, estremecidos de voces agrias de indias y ladridos de perros. Por el camino, abierto en la selva, galopan en dirección al lago. Rumorean los follajes salpicados de manchas de oro y los huíos silban sobre sus cabezas.

En el ángulo de dos escarpas, blanquea el puntia-gudo monolito del Collanco.

* * *

En casa del tendero Hans Geisse, descendiente de uno de los primeros colonos alemanes llegados a Collanco, se han reunido prohombres de la aldea y algunos veraneantes.

El Padre Wilfrido, íntimo de la casa, promovió la colación. Se trataba, nada menos que de su misa de campaña.

Frau Geisse, una alemana sonrosada y obesa, ha preparado el Kuchen, famoso en Collanco. Ella, en persona, sirve el café y ofrece las bandejas, decoradas de masas, frutas y merengues.

La obesa corpulencia de un alemán (dos chispeantes

espejuelos sobre los ojos azules) rebalsa del hueco blanco de un butacón. Es un profesor de la «Deutsche Schule» de Valdivia que veranea en Collanco.

Sus palabras caen, con cierta macicez solemne, irre-dargüible. Un santiaguino, gesticulador y charlatán, constituye su antítesis étnica.

El Alcalde y el Juez de indios se han excusado. El alcalde atiende su trilladora, a cinco leguas del pueblo. El Juez de indios se ha marchado a Temuco; pero, en cambio, un nuevo visitante, maderero de la región, saluda con obsequiosas reverencias a Frau Geisse y al Padre Wilfrido.

Se concentra malicia en la incoloridad de sus ojos pequeños. Su conversación absorbente, monótona, se refiere a los aserraderos, al raulí y a los contratos fabulosos que acaba de firmar en Temuco.

El Padre Wilfrido oye con cierta impaciencia cortés esta conversación que le interesa muy poco. Se remueve en su asiento, se acomoda, con un gesto de jamona pudorosa, sus sotanas. para ocultar, bajo sus pliegues, los pesados calamorros andariegos.

Sólo a Frau Geisse y a su inagotable cafetera, y a sus masas apetitosas, sonrío en su desamparo. Se les ha convidado para comentar la misa de Coilaco y aun nadie se preocupa de ella.

Pero, a una alusión, se yergue en la silla y desaparece su inquietud, y sus ojos y su cara se iluminan con ingenua convicción:

—No hay palabras con qué describir la religiosidad sana de estos mapuches, sobre todo de las mujeres. En el momento de alzar, es algo que llega al alma. Uno piensa, y al decir esto el Padre Wilfrido mira en torno suyo con cierta superioridad, en los primeros tiempos del cristianismo.

Una pausa. El Padre Wilfrido alarga otra vez los calamorros y los vuelve a ocultar.

—Pichihuinka ha sido mi mejor ayuda en Coilaco, dice nuevamente. Sin él mi tarea habría sido más difícil o imposible. Yo les ruego a todos los presentes que vayan el domingo a Coilaco. Su presencia será un estímulo para los indios.

Gravemente, el profesor explica:

—Ya alquilé un caballo. Iré temprano, porque me interesa mucho la flora y la fauna de la región.

El maderero sonríe con obsequiosidad:

—Yo aplaudo la idea del Padre Wilfrido. Así los mapuches de Coilaco serán católicos y no protestantes.

Con vivacidad replica el Padre Wilfrido:

—Mr. Wilson no tiene influencia sobre ellos. Al mapuche le interesan las ceremonias brillantes. Son como niños grandes, asombrados de las cosas misteriosas. Por esto, quise hacer del guillatún una misa. Si se acostumbran, cambiaré, poco a poco sus hábitos y serán buenos cristianos.

Interrumpe el santiaguino con su voz impertinente:

—¡Y para qué tanta bulla con los indios! ¡Si no sirven para nada!

Las pupilas azules del Padre Wilfrido se endurecen con brillos de acero. Sus palabras son serenas, sin embargo, ligeramente dolidas:

—Es raro que un chileno tenga esas ideas. El mapuche no es flojo ni inservible. Es sólo un hombre no evolucionado. Civilizado, puede ser la salvación del sur, porque nació agricultor y no puede ser otra cosa. Hay que preocuparse de ellos y no exterminarlos.

Obstinado, el santiaguino repite lo que ha oído a muchos en Santiago.

—No, Padre Wilfrido, el Gobierno debiera quitarles su calidad de incapaces para que puedan vender sus tierras.

El Padre Wilfrido se levanta con un movimiento rápido, nervioso. Sus ojos centellean y las manos regordetas, casi femeninas se hunden en los bolsillos del hábito.

—Ataca, señor, la medida más inteligente del Gobierno chileno, la de civilizar a los indios, poco a poco, Borrarlos de la vida chilena, sería como quemar el pasado de Chile.

Todos los ojos se concentran en el Padre Wilfrido. El santiaguino se ha disuelto en el aire quieto, oloroso a café y a pastas, barnizadas de puré de manzanas y zarzamoras.

El maderero apoya al Padre Wilfrido. Le conviene, para disimular sus manejos, la alianza con la Iglesia.

—Le aseguro, señor, dice, dirigiéndose con cierto tono protector al santiaguino, que el mapuche es mucho mejor que el hombre del norte para esta zona. Sin ellos, no sería posible traer los arreos del Neuquén a Chile. ¡Son excelentes arrieros, señor!

El santiaguino no replica, pero hábil intrigante (es su fuerte), comenta risueño:

—Yo los conozco poco, señor. Perdone. Claro, estoy de acuerdo con el Padre Wilfrido y con usted. Es mejor que sean católicos y no protestantes.

El Padre Wilfrido, de pie delante de su sillón, no responde. Da unos pasos rápidos, gimnásticos, hacia Frau Geisse, que llena por centésima vez su veterana cafetera y le dice en alemán:

—Esta gente de Santiago nada sabe del sur.

El santiaguino se sonríe y malignamente observa al maderero:

—El Padre Wilfrido me ha echado su talla, no? Diplomáticamente, el maderero explica:

—No lo creo, señor. El Padre Wilfrido es un hombre sin odios.

Otros pasos gimnásticos. El Padre Wilfrido llega hasta la puerta y se despide. Agradece sus atenciones a Frau Geisse. Se dirige a los asistentes y les pide, con reservada humildad, que asistan el domingo a la misa de Coilaco.

* * *

Mes de enero. Clara luminosidad estival. En la tibia luz se sumerge complacido el paisaje. Se esponjan, hinchadas de sol, las masas de selva. Rien, con blancos borbotones, las bocas abiertas de las correntadas. Con sus jorobas azules y sus conos nevados, el muro de la cordillera limita las perspectivas.

Acompañado de Pichihuinka, va galopando el Padre Wilfrido hacia Coilaco. Al entrar al camino internacional, sale a su encuentro una cabalgata de mapuches. En un tobiano de largas crines sin tuzar, se adelanta el cacique Meliñanca. Un holgado poncho obscuro, rayado de franjas grises, cubre sus espaldas potentes y parte de sus piernas. Es un trozo de cordillera, blanquinegro. Rodean al Padre Wilfrido. Hablan con volubilidad en ese extraño dialecto, castellano-mapuche, mapuche-castellano, típico de la zona de colonización. En el polvo rojizo, despertado de su mordorra cálida por los cascos de los caballos, se ahogan los roncros may-may, chao, de los indios.

El Padre Wilfrido contesta cortésmente los saludos de sus feligreses, pero le extraña esta solicitud. Quizá la cercanía de la misa, piensa, obsesionado él mismo. Oye, a cada instante hablar del guillatún y esto lo subleva.

—Misa, no guillatún. Así lo quiere Dios, grita con su enérgica voz de hombre sano, en medio del polvo que, como una neblina rosada, destiñe el paisaje.

Las caras inexpresivas de los mapuches se vuelven hacia él, por sobre las cabezas móviles de los caballos. Y se siente satisfecho. Suelta las riendas al tordillo. Se espesa el polvo y el paisaje semibárbaro desfila, en el compás del galope: las podridas cercas de yegua, los potreros, punteados de tocones negruzcos y las copas rumoreantes de coigües y collanes.

Frente a la casa de madera del cacique, detiene su caballo. Echa pie a tierra. Las mujeres, hermanas, cuñadas, hijas y nietas de Meliñanca rodean, igualmente, al sacerdote. Observa en ellas la misma alegría. Sus caras morenas, lucias, se iluminan, y brotan palabras que no entiende y ve las blancas dentaduras, en fugaces inicios de carcajadas.

Aleja a las muchachas que rozan con sus manos tímidas la frisuda sotana y fija sus ojos en Pichihuinca, como interrogándolo. Y advierte en el indio una inquietud que no se explica.

Atraviesa la masa de chamales azules, plateados por collares y pulseras tintineantes.

—Voy al Rehue, con Pichihuinca. El les avisará cuando comience la misa.

Un manzanar cubre el llano hasta el río, con su verdiclaro sonar de hojas frescas. Las manzanas de oro son pechos de jilgueros, detenidos entre las ramas.

Hacia el río Trancura baja la explanada en imperceptible declive. Una hilera de coigües gigantes oculta el tajo del río. Matas verdegrises de coirones abren sus tiesos racimos en la tierra. Entre ellos, se entre-

La misa del Padre Wilfrido

cruzan senderos formados por el azar de la vida del mapu. Y en el centro del llano, la piedra errática habla del pasado de la tierra y del pasado de las tribus de Coilaco.

Allí se amontonaron, en lejanos guillatunes, los antepasados de Meliñanca. Chorreó allí el claro muday de piñones y la sangre de los chilihueques y venados.

El Padre Wilfrido se acerca y mira la azulosa dureza del granito, que manchan líquenes cenicientos. Se detiene y observa. Pichihuenca destapa ágilmente la maleta y el blanco paño del altar cristiano cubre el granito y el líquen; Una brisa que baja de las cordilleras levanta sus extremos y en el aire cristalino, es un ala de garza, dorada por el sol. El indio escarba entre los coirones y dos piedras, dos panes negruzcos, lo prenden al rehue.

Los ornamentos sagrados, la casulla, las estolas, el misal ya están allí, para que el Padre Wilfrido se revista y empiece la misa.

Se oyen voces, entre los manzanos. Los convidados de Collanco, en sus caballos, toman los cruzados senderos del coironal. Y tras ellos, los mapuches, Tumulto de oscuros chamales y ponchos policromados, animan un instante el páramo, erizado de coirones y se reúnen, como en un remanso, frente al rehue, donde ya se perfila la figura maciza y rubia del Padre Wilfrido frente al misal abierto.

Se entibian, con suave emoción, las suaves pupilas

del fraile. Dos puntos de luz dura son los ojos de Pichihuinka, junto a su campanilla y a su incensario.

El silencio, antes de iniciarse la misa, lo inunda el rumor del río, y este rumor está salpicado de silbos de huíos y risotadas de chucaos.

El Padre Wilfrido recibe en su alma esta religiosa quietud del paisaje, barnizada de luz. Su voluntad domina la emoción que lo invade. Y la emoción se unge de dulzura al principiar las primeras frases de la misa. El paisaje y la muchedumbre que está frente a él, han desaparecido. No oye el aullido de un perro, al que un mapuche aleja de un puntapié, ni advierte la inquietud de esos cuerpos primarios, bajo sus chales y ponchos. Y la masa, repentinamente se ha disgregado. Resuena una voz agria. Una mujer chilla, con un agudo grito que se multiplica en la hondonada en sonoros ecos.

Pichihuinka detiene el acompasado balanceo del incensario. Con un golpe seco, un mapuche se desploma y se queda dormido en la tierra. Pichihuinka sube al rehue y toca al Padre Wilfrido en el hábito. Y el Padre Wilfrido se inclina hacia él, sin comprender. Una ráfaga de viento vuelve rápidamente varias hojas del misal.

De pronto, un indio lanza un grito ronco, estrangulado, un grito de guillatún. Avanza hacia la piedra con pequeños saltitos torpes, agitando las haldas pesadas del poncho. Los demás, hombres y mujeres, lo siguen y a los pocos instantes, sus caras de cobre, barnizadas

La misa del Padre Wilfrido

de sudor, rodean al fraile estupefacto. Y el Padre Wilfrido se da cuenta, al fin. Es el fracaso de su intento, y ante testigos extraños. Su reacción es violenta, de la bonhomía al ataque irreflexivo. Por la roja nube de su cólera cruza la movible silueta del pastor Wilson y el desorden de los mapuches borrachos.

—¡Malditos! Dios los mira y arrasará siembras y animales, clama su voz poderosa, que el bosque centuplica con enérgica repercusión.

Se adelanta el cacique y su enorme silueta domina la loca algarabía de los indios. Se abren sus brazos y las haldas del poncho semejan agudas alas de cóndor, pero no le obedecen. Se apartan, sin tocarlo y manos oscuras se alzan hacia el rehue en una rogativa inconsciente.

La voz de la machi Pichol, precipitada y aguda, los empuja hacia Pichihuinca y hacia el incensario.

—¡Urken! ¡Urken! (1) gritan en mapuche, y otros en su castellano primitivo: ¡Censario! ¡Censario! (1)

Pero Pichihuinca, cogiendo la maleta, corre ya por entre los coirones y se pierde en la bóveda movible del manzanar.

El Padre Wilfrido, acompañado de sus amigos, que llevan los caballos de la brida, lo sigue de cerca. Aparta a los indios que se interponen a su paso, con bruscos movimientos de sus manos. El profesor alemán y el santiaguino, unidos en este instante, atajan

(1) Incensario, incensario.

a los mocetones que gesticulan, pronunciando palabras ininteligibles, frente al Padre Wilfrido.

Sube a su caballo, sin mirar a nadie, como si el mundo no existiese. El tordillo levanta la cabeza y abre la cola en abanico, al sentir en los ijares el aguijón de la espuela, a la que no está acostumbrado. Y la cabalgadura invierte el paisaje de la mañana. Corren los potreros y sus tranqueras primitivas, y sus troncos carbonizados, y sus árboles, y sus sabanas de trigales, erguidos ya.

Resuenan, de pronto, los cascotes de los tablones del puente del Turbio.

Apretada la boca, duras las rosadas mejillas sobre la barba de oro, espolea el Padre Wilfrido sin piedad al tordillo. El caballo, compenetrado con el estado de alma del jinete, conserva el recio compás del galope, y los cascotes deshacen el camino en rojos torbellinos de polvo.

* * *

Diplomático hábil y cerebro reflexivo, el Padre Wilfrido Wagner varió su táctica con los feligreses mapuches. No les recordó su indigno comportamiento en la misa, pero los instó a venir a Collanco, como los chilenos y los alemanes.

Sin embargo, declaró implacable guerra a la machi Pichol, instigadora astuta y aliada del pastor Wil-

son. Desacreditó sus yerbas y ceremonias primitivas, curando a los mapuches con aspirinas y purgantes.

Pichihuinca lo enteró de los detalles del improvisado guillatún, donde se improvisaron los ritos indígenas con las prácticas enseñadas por él, pacientemente, a los indios.

Ella empujó al indio Quilquitripay hacia el rehue, y el mapuche borracho imitó sus gestos y actitudes de oficiante.

Alguien, por orden de la machi, trajo unas ramas de canelo de la selva próxima y las colocó en la piedra, y fué ella la que, aspirando humo de cigarrillos, lo expulsaba, cada cierto tiempo, a guisa de incensario, en medio del regocijado chivateo de los indios.

No se dió por entendido de los comentarios burlescos del pueblo de Collanco ante el fracaso de su experiencia catequizadora. Se limitaba a sonreír con indulgente compasión, pero su actitud fué de altanera indiferencia al encontrarse en las calles del pueblo con el Pastor Wilson, que regaló ese día un barrilito de aguardiente a los mapuches, según las averiguaciones de Pichihuinca.